

consiste en el arte de animar, con afectos y pinturas, las verdades morales y filosóficas, ¿qué puede beberse en semejantes verdades que convenga á la exaltacion poética? Solamente un pensamiento, solamente un entusiasmo que la reflexion, no desapruera, el amor de la virtud, aquel inagotable manantial puede fecundar todas las artes, todas las producciones intelectuales, y reunir de una vez en un mismo asunto, en una misma obra las delicias de la conmocion y el asenso de la sabiduría.

CAPITULO VI.

De la Filosofía.

No conviene cansarse de decirlo: la filosofía no debe considerarse mas que como la investigación de la verdad con el auxilio de

la razon; bajo cuyo aspecto, y el único que indica el primitivo sentido de esta voz, la filosofía no puede tener por antagonistas mas que á los que admiten contradicciones en las ideas, ó causas sobrenaturales en los hechos. Podria decirse adecuadamente, que no hay mas que dos medios de apoyar nuestros racionios sobre objetos que están fuera de nosotros, la filosofía y los milagros. Ahora bien, no lisonjeándose ninguno en nuestros dias de ilustrarse por medio de los milagros, no alcanzo lo que puede ponerse en lugar de la filosofía: ¿dirán que la razon? Pero la filosofía no es otra cosa mas que la razon generalizada. Se posee el arte de suscitar una controversia sobre dos proposiciones idénticas; y se cree poseer dos ideas, porque valiéndose de un lenguaje equivoco se da una duplicada apariencia á los objetos. Las ideas religiosas no son contrarias á la filosofía, supuesto que ellas van acordes con la razon; la conservacion de las máximas que forman la basa del orden social, no puede ser contraria á la filosofía, supuesto que estas

máximas concuerdan con la razon ; pero los defensores de las preocupaciones, es decir, de los derechos injustos, de las doctrinas supersticiosas, de los privilegios opresivos, tratan de engendrar una oposicion aparente entre la razon y filosofia, á fin de poder sostener que existen racionios que vedan el racionio, verdades á las que es preciso dar crédito sin profundizarlas, máximas que es menester admitir guardándose bien de analizarlas, últimamente una especie de ejercicio del pensamiento que debe servir únicamente para convencer de la inutilidad del pensamiento. No concebiré jamas, confieso, con qué procedimiento del talento puede conseguir uno el dar á la mitad de sus facultades el derecho de condenar la otra ; y si la organizacion moral pudiera pintarse á la vista con palpables imágenes, creeria deber representar yo al hombre mas bien empleando todas sus fuerzas bajo la direccion de sus miradas y juicio, que sirviéndose de un brazo suyo para sujetar el otro. La Providencia no nos acordó ninguna facultad moral

cuyo uso nos esté vedado ; y cuantas mas luces posee nuestro entendimiento, tanto mas profundiza la esencia de las cosas, á lo ménos si hemos sujetado sus luces al método que las reúne y dirige : este método mismo no es mas que una resulta del conjunto de los conocimientos y reflexiones del hombre ; al estudio de las ciencias físicas somos deudores de aquella rectitud de exámen y análisis que da la certeza de llegar á la verdad cuando lo deseamos sinceramente ; aplicando pues, cuanto sea posible, la filosofia de las ciencias positivas á la filosofia de las ideas intelectuales, podremos hacer útiles adelantamientos en aquella carrera moral y política cuyo camino tienen las pasiones embarazado de continuo.

Poseemos en las ciencias, y en las matemáticas particularmente, á los mas grandes hombres de la Europa. Nuestros disturbios civiles, tan léjos de entibiar la emulacion en esta carrera, infundiéron el deseo de refugiarse en ella.

Inapreciable beneficio de la época en

que vivimos! Cuando las pasiones intestinas introducen el desorden en todas las ideas morales, quedan todavía verdades cuyo camino es conocido y cuyo método está fijado. Repelidos de todas partes los meditadores por la locura del espíritu de partido, se dedican á estos estudios; y como la fuerza de la razon es siempre una misma, aplíquese ella al objeto que mas se quiera, el talento humano que estaria quizas amenazado de una dilatada decadencia, si le hubieran alimentado únicamente las contiendas de las facciones, el talento humano se conserva por medio de las ciencias exactas, hasta que pueda aplicarse de nuevo la eficacia del pensamiento á los objetos en que tienen interes la gloria y dicha de las sociedades.

Los errores de cualquiera especie, tanto en política como en moral, no pueden subsistir á la larga al lado de aquella respetable masa de conocimientos é invenciones que, en el orden físico, lleva la luz por todas partes. Las supersticiones y credulidades, las falsas abstracciones é inaplicables principios, acabarán

anonadándose ante aquella razon sosegada y positiva que no se mezcla, es verdad, en los intereses del mundo moral, pero que enseña á todos los mortales como es menester proceder en la indagacion de la verdad.

Examinando el actual estado de las luces, se reconoce fácilmente que las ciencias son nuestras riquezas reales. He mostrado como, en la literatura, debió viciarse el gusto; y en la política, habiéndose adelantado los sucesos á las ideas, retroceden estas mas allá del punto suyo de partida. Es un efecto natural de las instituciones atropelladas, que no son una resulta de la instruccion, ni del deseo general por consiguiente.

Si justamente herida la imaginacion con los delitos de que fuimos testigos, los atribuye á algunas causas abstractas, se vuelve apasionado uno contra varias máximas, como podria estarlo contra los individuos; y esta vasta pasion, que puede tener una máxima por objeto, se estiende á cuantos pensamientos pueden serle relativos del modo mas remoto. Si juzgáramos por estas señales so-

bre el estado de las luces, tendríamos por atrasado mas de un siglo en diez años el ingenio humano; pero la naturaleza de los argumentos de que se valen en favor de las preocupaciones mismas, es una irrecusable prueba de los progresos que la razon hizo.

Para justificar todas las especies de servidumbre hácia las que diversos afectos pueden atraer, se recurre á lo ménos á ideas generales, á motivos sacados de la felicidad de las naciones, á racionios que se fundan en la voluntad de las naciones. Cuando el espíritu ha tomado una vez este curso, sea que momentáneamente se adelante ó retroceda, están asegurados sus futuros progresos; hace uso de la analisis, y no puede defender por mucho tiempo el error. En el periodo en que nos hallamos, no hemos conquistado todavía el conocimiento de las verdades políticas y morales; pero casi todos los partidos, aun los mas opuestos, reconocen el racionio por basa de sus discusiones, y la utilidad pública como el único derecho y fin de las instituciones sociales.

Cuando la generacion que ha padecido tan cruelmente, haga lugar á otra que no trate ya de vengarse de los hombres en las ideas, es imposible que el ingenio humano no comience de nuevo á seguir su carrera filosófica. Consideremos pues cual será esta carrera, lo único futuro que sostiene el pensamiento dispuesto á abismarse en la dolorosa contemplacion de lo pasado. Habia en la filosofía de los antiguos mas imaginacion y ménos método que en la de los modernos. La de los antiguos se apoderaba mas vivamente del alma; pero ella podia estraviar mucho mas fácilmente con el espíritu de sistema, y era mucho ménos capaz de progresos ciertos y positivos.

La analisis no habia establecido todavía un enlace de principios desde el origen de las ideas metafísicas hasta su término indefinido. Locke y Condillac tienen ménos imaginacion que Platon; pero entraron en el camino de la demostracion geométrica; y únicamente este método presenta progresos regulares é ilimitados.

Al hablar del estilo, examinaré si no es posible, si aun no es necesario para el ulterior curso de la razon, el hacer concordar lo que hiere la imaginacion y lo que persuade el entendimiento. Se trata aquí solamente de considerar la aplicacion posible y los resultados verisímiles de la filosofía, como ciencia. Descartes halló un modo de hacer servir la álgebra para la solucion de los problemas de la geometría. Si fuéramos posibles descubrir algun día en el cálculo de las probabilidades, un método, que pudiera convenir á los objetos meramente morales, seria dar un inmenso paso en la carrera de la razon. Se logró ya, bajo algunos aspectos, aplicar con acierto el método de las matemáticas á la metafísica del entendimiento humano. Si se siguiera el mismo camino en las ciencias morales, esta conquista tendria tambien mucho mas útiles efectos. Si las cuestiones de política, por ejemplo, pudieran llegar en algun tiempo á un grado de evidencia tal, que la grande mayoría de los hombres les diera su asenso como á las verdades del cál-

culo ¿cuanto no ganarian con ello la felicidad y reposo del género humano?

Será cosa difícil sin duda el sujetar al cálculo, aun al de las probabilidades, lo que depende de las combinaciones morales. Todas las basas son invariables en las ciencias exactas; todo depende de las circunstancias en las ideas morales: no podemos decidirnos mas que en virtud de una infinidad de consideraciones, entre las que hay algunas tan fugaces que se ocultan con frecuencia aun de la palabra, y con mucha mayor razon del cálculo. M^r de Condorcet, en su obra sobre las probabilidades, dió á conocer muy bien como seria posible conocer de antemano, con casi certeza, cual seria la opinion de una junta sobre cualquiera materia. Cuando el cálculo de las probabilidades se aplica á un grandísimo número de contingencias, presenta un resultado moralmente infalible; sirve de guia á todos los jugadores, aunque su objeto, en este caso, parezca entregado á todos los caprichos del acaso. Podria tener él igualmente su aplicacion con respecto á

los infinitos hechos de que las ciencias políticas se forman.

La tabla de los fallecimientos y nacimientos presenta resultados ciertos é invariables, mientras que subsiste el regular orden de las circunstancias habituales; el número de los divorcios que ocurrirán cada año, el de los robos y homicidios que se cometerán en un país de una cierta población, de una cierta situación religiosa y política, semejante número puede calcularse de un modo preciso; y estos acaecimientos que sin embargo dependen del diario concurso de todas las pasiones humanas, se verifican tan puntualmente como los que están sujetos á las leyes físicas de la naturaleza únicamente.

Tomando la media proporcional de diez años, se sabe, en Berna, que todos los años se hacen tantos divorcios; en Roma, que todos los años se cometen tantos hurtos; y no se equivoca uno en este cómputo. Si esto es así ¿no es posible probar que las combinaciones del orden moral son tan regulares como las del físico, y fundar cálculos posi-

tivos con arreglo á estas combinaciones?

Es menester que semejantes cálculos tengan por basa la constante uniformidad de la masa, y no la diversidad de cada ejemplo: uno por uno, todo se diferencia en el orden moral; pero si damos entrada á cien mil contingencias, si calculamos con arreglo á cien mil hombres tomados al acaso, sabremos, por medio de una justa aproximación, cual es en este número la proporción de los hombres ilustrados, de los hombres débiles, de los malvados, y de los talentos superiores. Lo sabremos todavía mas puntualmente, si damos entrada en nuestras combinaciones á la fuerza de los intereses de cada clase, como en la física, el impulso que un cierto declive da al movimiento. Agregando á este cálculo el esperto conocimiento de los efectos de tal ó cual institución, podríamos fundar los poderes políticos sobre basas casi ciertas, medir la resistencia que ellos deben encontrar, y contrapesarlos entre sí, con arreglo á su acción real, y el influjo de los obstáculos sobre esta acción.

¿Porqué no se lograria en algun dia formar tablas que contuvieran la solucion de todas las cuestiones politicas, con arreglo á los conocimientos de estadística, y á los hechos que se recogieran en cada pais? se diria: — Para gobernar esta poblacion, conviene exigir aquel sacrificio de la libertad individual: — luego estas leyes; aquel gobierno convienen á un cierto imperio. — Para tales riquezas, y cual estension de pais, es necesario un cierto grado de fuerza en el poder ejecutivo: — Luego esta autoridad es necesaria en aquel pais, y tiránica en estotro. — Un cierto equilibrio es necesario entre todos los poderes, para que ellos puedan defenderse recíprocamente: — luego esta constitucion puede conservarse, y aquella es necesariamente tiránica. — Podrían multiplicarse estos ejemplos; pero como la verdadera dificultad de esta idea no estriba en concebirla abstractamente, sino en aplicarla con precision, basta el indicarla.

No se llevó razon en censurar á nuestros publicistas, cuando ellos quisieron aplicar el

cálculo á la política; ni tampoco en hacerles cargo de haber intentado generalizar las causas; pero la hubo á menudo en acusarlos de no haber observado bastante los hechos, los cuales solos pueden conducir al descubrimiento de las causas.

Es una ciencia por crear la política. No se descubre todavía mas que á lo léjos confusamente aquella combinacion de la esperiencia y máximas, que acarrearía tan positivos resultados, que se podría conseguir el sujetar todos los problemas de las ciencias morales á la evidencia por decirlo así matemática. No están fijados los elementos de la ciencia. Lo que llamamos ideas generales, no son mas que hechos particulares, y no presentan mas que un lado de la cuestion, sin dejar ver su conjunto. Así pues cada nuevo hecho nos imprime un impulso nuevo y desordenado.

En un año, todas las declamaciones son contra la potestad ejecutiva; en otro, contra las juntas legislativas; en un año, contra la libertad de la imprenta; en otro, contra su servidumbre. Miétras que semejante

desórden subsista, varias circunstancias propicias, ó felices acaso podrán establecer, en algunos países, instituciones conformes con la razón; pero no se fijarán allí los principios generales de la política, ni se asegurará la aplicación de estos principios á las diversas modificaciones del estado social.

Así es como en América parecen resueltos muchos problemas políticos; porque los ciudadanos viven allí felices y libres. Pero esta favorable casualidad depende de algunas particulares circunstancias, y no presupone en nada, cuales son los principios invariables en sí mismos, ni de qué aplicación son capaces en otros países.

Puede presentarse todavía ménos como una prueba de los adelantamientos del talento humano en política, la larga duración y casi indestructible estabilidad de algunos gobiernos de la Europa, que sostuviéndose con su poder, y conservando la paz y calma en sus pueblos, afianzan á los hombres algunos beneficios de la asociación. La tiranía dispensa de la ciencia política, así como la

fuerza dispensa de las luces, y la autoridad hace superflua la persuasión; pero no puede darse entrada á estos medios cuando se examinan los intereses de los hombres. La fuerza es una combinación de la casualidad, destructiva de cuanto depende del pensamiento y raciocinio; porque el ejercicio de uno y otro supone siempre la libertad.

La tiranía no puede ser pues objeto de los cálculos del entendimiento. Examino aquí los recursos naturales que el talento humano posee para evitar el estraviarse, al mismo tiempo de adelantarse en su curso; y no los medios de estolidez y violencia que no le preservan contra los errores más que atacando todos sus progresos.

La análisis y enlace de las ideas segun un orden matemático tienen este inapreciable beneficio, que ellos destierran de los espíritus hasta la idea misma de la oposición. Cuanta materia se hace capaz de evidencia, sale del patrimonio de las pasiones, que pierden la esperanza de apoderarse de ella. Están ya á cubierto contra su dominación

ciertas verdades, tanto en el orden moral como en el físico. Despues de Newton, no se compone ya sistema nuevo ninguno sobre el origen de los colores, ni sobre las fuerzas que dan el movimiento á la tierra. Despues de Locke, no se habla tampoco ya de las ideas innatas, y está acordado que todas las ideas nos vienen de los sentidos. Hay mayor dificultad para dar á conocer la evidencia en las cuestiones políticas; teniendo las pasiones mas interes en desfigurarlas *. Hay entre estas cuestiones sin embargo algunas que, resueltas ya, no presentan tampoco la esperanza de contienda ninguna al espíritu de partido.

La esclavitud, la feudalidad, las controversias religiosas mismas no suscitara ya guerra ninguna; está difundida la luz bastante generalmente sobre estos objetos, para

* Leibnitz decia que si los hombres tuvieran interes en negar las verdades matemáticas, se pondrian estas verdades en duda. Es sin embargo cierto que hay verdades morales reconocidas, y que su número debe ir aumentándose siempre con el tiempo.

que no les quede ya á los hombres vehementes la esperanza de presentarlos bajo aspectos diferentes, de formar dos partidos fundados sobre dos diversos modos de juzgar y hacer ver las mismas ideas. Cada progreso nuevo en esta especie pone una parte mas de la felicidad social en seguridad.

Deben pues los filósofos, en política, proponerse el sujetar á combinaciones positivas cuantos hechos les son conocidos, para deducir de ellos resultados ciertos con arreglo al número y naturaleza de las contingencias.

Los algebristas no nos dicen: Vais á traer un cierto dado; sino que calculan en cuantas veces un cierto dado debe volver. Sucederia lo mismo con los políticos; los cuales no podrian decir: esta revolucion acaecerá en aquel dia; pero estarian seguros del regreso de las mismas circunstancias dentro de un cierto tiempo, si las instituciones permanecieran unas mismas.

Ningun cálculo exigiria, es verdad, una mayor multiplicidad de combinaciones diferentes. Si puede desgraciarse una experien-

cia física, á causa de que uno no se hizo cargo de una leve diferencia en las operaciones, de un leve grado mas ó ménos en el frio ó calor; ¿qué estudio del corazón humano no es necesario para determinar la consideración que debe darse al gobierno, á fin de que él sea obedecido sin poder ser injusto, y la acción necesaria á los legisladores para reunir la nación en un mismo espíritu, sin poner trabas al vuelo individual? ¿De cuán consumado tino no hay necesidad para señalar el punto justo en que la autoridad ejecutiva cesa de ser un bien, como aquel en que su carencia seria un mal? No hay problema ninguno compuesto de un mayor número de términos, ni ninguno en que el error sea de una mas perniciosa consecuencia.

Una opinión abstracta que llega á ser el objeto de un afecto fanático, produce los mas notables efectos en los hombres. Ideas diametralmente opuestas unas á otras se establecen en una misma cabeza y existen simultáneamente en ella. El espíritu admite

cada proposición una por una, sin haber tratado de juzgarlas; inventa despues relaciones ficticias, cuya aparente verdad le agrada y exalta; porque la imaginación se deja poseer de lo que es abstracto, con la misma vehemencia enteramente que de las mas vivas pinturas. Lo vago de las ideas ilimitadas es peregrinamente propio para la exaltación.

Abrazados una vez los dogmas ó sistemas metafísicos, se defiende todo lo suyo entonces, hasta la idea que se tiene por falsa; y por un singular efecto de la controversia, lo que uno sostiene acaba siendo lo que cree. A puro buscar siempre ratiocinios en un mismo sentido, no se ven ya los argumentos que los impugnan; la irritación de amor propio que la contradicción hace experimentar, exalta la pasión, y empeña la vanidad. Cuando, despues de una serie de acciones que nuestra opinión nos sugirió desde luego, se halla íntimamente unido nuestro interés con el triunfo de semejante opinión, y este interés nos va empeñando siempre mas

y mas adelante, pasan en las reflexiones interiores diversos combates que nos negamos á nosotros mismos y que logramos ahogar.

Los devotos llevan el escrúpulo en el fondo de sus pensamientos mas íntimos; y acaban formándose un delito de aquellas incertidumbres pasajeras que embarazan sus espíritus á veces. Sucede lo mismo con todos los fanatismos; la imaginacion tiene miedo de que se despierte la razon, como de un enemigo estrangero que pudierá venir á turbar la buena armonía de sus quimeras y debilidades.

El fanatismo, tanto en la política como en la religion, está agitado por aquellas vislumbres de verdad que se presentan por intervalos en las mas firmes creencias. Se persigue en los otros la incertidumbre de que uno mismo tiene la primera idea; y la facultad de creer, estravagante en su vehemencia, se irrita de sus propias dudas, en vez de valerse de ellas para examinar de mas cerca la verdad.

En cuya disposicion del ánimo humano,

hay argumentos para todo, en la lengua misma del raciocinio. Las opiniones mas absurdas, las mas execrables máximas entran en la cabeza de los hombres, desde que se les ha dado la forma de una idea general. Se concilian las contradicciones con una especie de lógica meramente gramatical, que cuando no se analiza con cuidado, tiene visos de revestida con toda la autoridad del raciocinio.

« La ley, decia Couthon al proponer la del 22 de prerial, acuerda jurados patriotas por defensores á los inocentes, y no los acuerda á los conspiradores. » ¿No hay en esta máxima todas las partes del discurso bastante bien coordinadas? y sin embargo fué posible jamas reunir tantos atroces absurdos en tan escasas palabras? Aquel enlace del discurso, que sujeta el espíritu mas recto, y de que la mas fuerte razon no sabe como eximirse, es uno de los mayores azotes de la metafísica imperfecta. El raciocinio se vuelve entónces el arma del delito y necesidad, el embaucamiento de las formas abstractas se une con los furros de la persecucion; y el

hombre combina, por medio de una monstruosa mezcla, cuanto hay de furioso en la superstición con cuanto hay de árido en la filosofía.

Es imposible no experimentar la necesidad de una doctrina nueva, que despida su luz sobre este horrendo monton de informes pretestos que sirven de escudo al espíritu torcido, al hombre infame ó culpable, como si la transformacion de errores en máximas, y de sofismas en consecuencias, mudaran en nada la falsedad radical del primer aserto, y paliaran los execrables efectos de esta lógica de la iniquidad.

Debe fundarse ahora la filosofía sobre dos basas, la moral y los cálculos. Pero hay un principio del que conviene no apartarse nunca: es que siempre que el cálculo no va acorde con la moral, el cálculo es falso por mas incontrovertible que á la primera vista parezca su exactitud.

Se dijo que, en la revolución de Francia, algunos especuladores bárbaros habian tomado por basas de sus crueles leyes cálculos

matemáticos, en los que habian sacrificado friamente la vida de muchos millares de individuos á lo que ellos miraban como la felicidad del mayor número.

Escluyendo estos atroces hombres de su cálculo las penas, afectos, é imaginacion, creian simplificarle; y no se formaban concepto ninguno de la naturaleza de las verdades generales. Estas verdades se componen de cada hecho, y de cada existencia particular. El cálculo no es bueno ni útil, mas que cuando abraza él todas las excepciones, y regulariza todas las variedades. Si dejamos escapar una sola circunstancia, será falso nuestro resultado, como el mas leve yerro de cifra imposibilita la solucion de un problema.

La prueba de las combinaciones del espíritu está en la esperiencia y afectos; y el racionio, bajo cualesquiera formas que le presentemos, no puede mudar ni modificar nunca la naturaleza de las cosas: él analiza lo que es.

Se presenta como una verdad matemática,

el sacrificio que debe hacerse del número menor al mayor: ninguna cosa es mas errónea, aun bajo el aspecto de las combinaciones políticas. Es tan grande el efecto de las injusticias en un estado, que él le desarregla necesariamente.

Cuando se sacrifican algunos inocentes á lo que se reputa como el beneficio de la nacion, se causa la ruina de la nacion misma. De accion en accion, de venganza en venganza, las víctimas que se habian sacrificado bajo el pretesto del bien general, renacen de sus cenizas, se reparan de su destierro; y alguno que permanecia obscuro si se hubiera usado de justicia para con él, recibe un nombre, un predominio con las persecuciones mismas de sus enemigos. Sucede lo mismo con todos los problemas políticos en que se halla interesada la virtud. Es siempre posible probar, con el simple racionio, que la solucion de estos problemas es falsa como cálculo, si ella se aparta en algo de las leyes morales.

La moral debe tenerse por superior al

cálculo. Ella es la naturaleza de las cosas en el órden intelectual; y así como el cálculo, en el órden físico, parte de la naturaleza de las cosas, así tambien debe partir él, en el intelectual, del mismo dato, esto es, de la moral.

Esta reflexion nos esplica la causa de tantos errores atroces ó absurdos, que desacreditaron el uso de las ideas abstractas en la política. Es que en vez de tomar la moral por inalterable basa y por supremo legislador, la consideraron, cuando mas, como uno de los elementos del cálculo, y no como su eterna norma. Aun la miraron con frecuencia como un accesorio que podia modificarse ó sacrificarse á discrecion.

Establezcamos pues, en primer lugar, la moral como punto fijo. Sujetemos despues la política á cálculos dimanados de este punto, y veremos desvanecerse todos los inconvenientes objetados hasta este dia, con justos motivos, contra la metafísica aplicada á las instituciones sociales y á los intereses del género humano.

La política está sujeta al cálculo, á causa

de que aplicándose ella siempre á los hombres reunidos en cuerpo, está fundada sobre una combinacion general, y abstracta por consiguiente; pero teniendo la moral por fin la particular conservacion de los derechos y felicidad de cada hombre, es necesaria para forzar la política á respetar, en sus combinaciones generales, la felicidad de los individuos. La moral debe dirigir nuestros cálculos, y nuestros cálculos debèn dirigir la política.

Este lugar que asignamos á la moral, superior al cálculo, conviene igualmente á la moral pública y á la individual. Bajo el primer aspecto especialmente, causó la idea contraria graves males; pues sujetando la moral pública á lo que debia estar dependiente de ella, se obró á menudo la desdicha de cada uno bajo el pretexto de la dicha de todos. Ciertos sistemas filosóficos amenazan tambien con una semejante degradacion á la moral individual.

Todo debe sujetarse, en último recurso, á la virtud; y aunque la virtud es capaz de

una demostracion fundada en el cálculo de la utilidad, no le sirve de suficiente basa este cálculo. Como encuentra ella muchos impedimentos, recibió muchos sustentáculos de la naturaleza.

Las ciencias morales son capaces del cálculo de las probabilidades únicamente, y este cálculo no puede fundarse mas que sobre un grandísimo número de hechos, de los cuales puede sacarse un resultado aproximativo. Aplicándose siempre la ciencia política á los hombres reunidos en nacion, las probabilidades, en esta ciencia, pueden equivaler á una certeza, en atencion á la multiplicidad de las suertes de que están sacadas; y aplicándose á la felicidad de la multitud las instituciones mismas que establecemos sobre estas basas, no pueden malograr su objeto. Pero la moral lleva por blanco á cada hombre en particular, á cada hecho y circunstancia; y aunque es verdad que la grandísima mayoría de los ejemplos prueba que una conducta virtuosa es al mismo tiempo la mejor que pueda tenerse para el feliz éxito

de los intereses de la vida, no es posible afirmar que esta regla general carezca de excepcion.

Ahora bien, si queremos sujetar estas excepciones á las mismas reglas, si queremos infundir la moralidad á cada individuo en particular, esté en la situacion que se quiera, no podemos hallar mas que en un afecto la fuente viva y perenne que se renueva cada dia, para todos los hombres, en cada momento.

La moral es entre los pensamientos humanos el único que tenga tambien necesidad de otro regulador que el cálculo de la razon. Cuantas ideas abrazan la suerte de muchos hombres á la vez, se fundan sobre su interés bien entendido; pero cuando queremos dar á cada hombre, por guia de su propia conducta, su interés personal, aun cuando no le estraviara esta guia, resultaria de ello que semejante opinion agotaria la fuente de las bellas acciones en su alma.

Es patente sin duda que la moral se conforma casi siempre con los intereses de los

hombres; pero el darle por sustentáculo esta especie de motivo, es quitar al alma la necesaria energía para los sacrificios de la virtud.

Puede llegarse, por medio de un racionio sutil, á representar el mas generoso sacrificio como un egoismo bien entendido; pero es tomar mas bien la acepcion gramatical de una palabra, que el afecto que ella despierta en los que la oyen. Todo va á parar en el interés, supuesto que todo viene á parar en nosotros mismos; pero así como no diria uno: *La gloria es de mi interés, el heroismo es de mi interés, el sacrificio de mi vida es de mi interés*; es desfigurar totalmente la virtud, el decir solamente al hombre que ella es de su interés, porque si se reconoce que debe ser su primer motivo para ser honrado, no es posible negarle alguna libertad en el juicio de lo que le concierne; y hay una infinidad de circunstancias en las que es imposible no creer que el interés y la moral se contradicen.

¿Cómo convencer á un hombre de que un cierto suceso enteramente nuevo, entera-

mente inesperado se previó por los que le presentáron máximas generales sobre la conducta que él debe observar? Las reglas de la prudencia (y la virtud, fundada únicamente en el interes, no es ya mas que una alta prudencia), las reglas de la prudencia mas reconocidas sufren una infinidad de excepciones ¿porqué no las tendria la virtud, considerada como el cálculo del interes personal? No hay medio ninguno de probar que ella concuerda siempre con este interes, á no llegar á colocar la felicidad del hombre en la paz de su conciencia; lo cual significa simplemente que los gozos interiores de la virtud son preferibles á todos los beneficios del egoismo.

No es verdad que el interes personal sea el mas eficaz móvil de la conducta de los hombres; la soberbia, el amor propio, la ira, les hacen sacrificar muy fácilmente este interes; y en las almas virtuosas, existe un principio de acción totalmente diferente de un cálculo individual de cualquiera especie.

He procurado esplanar en este capítulo cuanto importaba sujetar todas las ideas

humanas á la demostracion matemática; pero aunque puede aplicarse tambien esta especie de prueba á la moral, va enlazada ella con la fuente de la vida; y antecede su impulso á todo género de racionio. La misma fuerza creatriz que hace correr la sangre hácia el corazon, infunde el valor y la sensibilidad, dos gozos, dos impresiones morales, cuyo dominio destruimos analizándolas por medio del interes personal, como ajaríamos el embeloso de la hermosura describiéndola como un anatómico.

Los elementos de nuestro ser, la piedad, valor, y humanidad, obran en nosotros ántes que seamos capaces de cálculo ninguno. Al estudiar cada una de las partes de la naturaleza, es preciso suponer datos anteriores al exámen del hombre; y el impulso de la virtud debe partir de mas arriba que el racionio. Nuestra organizacion, el progreso que los hábitos de la niñez diéron á esta organizacion; esta es la verdadera causa de las bellas acciones humanas, y de las delicias de

que el alma goza haciendo bien. Las ideas religiosas que recrean tanto á las almas puras, animan y sancionan esta espontánea elevación, la mas noble y pura garantía de la moral. « En el pecho del hombre virtuoso, decia Séneca, no sé qué Dios; pero habita uno. » Si se tradujera este dictámen en la lengua del mas ilustrado egoísta, ¿qué efectos produciría?

La imaginación, podría decirse, hace preferir esta especie de expresiones, y el verdadero sentido de esta idea, como de todas, está sujeto al raciocinio. Sin duda la razón es la facultad que juzga todas las otras; pero ella no constituye la identidad del ser moral. Cuando uno se estudia á sí mismo, reconoce que el amor de la virtud precede en nosotros á la facultad de la reflexión, que este afecto se halla íntimamente ligado con nuestra naturaleza física, y que son involuntarias á menudo sus impresiones. Debe considerarse la moral en el hombre, como una inclinación, como una afición cuya causa está en nuestro

ser, y que nuestro juicio debe dirigir. Esta causa puede fortalecerse con cuanto engrandece el alma y da progreso al ingenio.

Hay seguramente medios de mejorar, por medio de la reflexión y cálculo, la teoría misma de la moral, de indicar nuevas relaciones de delicadeza y sacrificio entre los hombres; pero estos medios, útiles cuando los miramos como accesorios, serian insuficientes y funestos, si con ellos quisiéramos substituir los afectos; reducieran semejantes medios la esfera de la moral, en vez de dilatarla.

La filosofía, en sus observaciones, reconoce causas primeras, fuerzas preexistentes. La virtud pertenece á este número; ella es hija de la creación, pero no de la análisis; nace casi al mismo tiempo que el instinto conservador de la vida, y la piedad para con los otros tiene progreso casi tan prontamente como el temor del mal que puede hacernos á nosotros mismos. No desconozco ciertamente todo lo que la sana filosofía puede añadir á la moral de los afectos;